

SERMON DEL DESCENDIMIENTO

Viernes Santo 2011. Aranda de Duero.

Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían. Cuantas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, pero tú no has querido.

En estas palabras de Cristo, ¿acaso no podríamos cambiar el nombre de la ciudad y decir Aranda, o Toro (mi pueblo) o Madrid o Trípoli o Bruselas...?

Nos reunimos alrededor del crucificado, no del aclamado, ni del reconocido, ni del valorado, ni del imitado... Nos reunimos alrededor del rechazado, de aquel a quien se da la espalda, del que no cuenta, del que despreciamos en la vida concreta, en la vida diaria de nuestros sentimientos, de nuestras palabras, de nuestras acciones. Allí es donde está crucificado todo el año. Antes de mirarlo en esta talla recordémoslo, es en la vida cotidiana donde matamos a los profetas que Dios nos envía, muchas veces con la simple indiferencia, y es allí es donde muere este Cristo que ahora verán nuestros ojos.

Descorred el velo que cubre al salvador.

No hay que engañarse, no estamos ante un cuerpo maltratado por otros. Es aquel que no es bien recibido en nuestro corazón porque tenemos tratos con los poderes del mundo, con las razones y los beneficios del mal, con el pecado. Es aquel que en la balanza de las decisiones concretas de nuestra vida siempre sale perdiendo, porque nuestro corazón vive más cerca de sí mismo, que de la misericordia con la que Cristo quiere modelarlo. Estamos ante el Hijo de Dios a quien nuestra vida ha echado a los cielos para quedarse con la tierra y hacer de ella nuestro propio cortijo como señoritos llenos de soberbia e injusticia.

Por eso hoy como ayer Cristo ha muerto en la cruz. Ayer en Jerusalén, hoy aquí y allí, también en Aranda. Y si no comprendemos esto, todo lo demás sobra.

Acercaos los que bajaréis a Cristo de la cruz y ved como nos tiene Cristo apretados bajo sus brazos abiertos como alas de gallina que buscan cobijarnos. Estamos ante él, que abre su pecho herido para que nos reclinemos y encontremos un poco de calor en su frío cuerpo en medio del frío mundo, para nos acompañemos al latido de su corazón y aprendamos a vivir al ritmo de su amor entregado. Y Cristo desnudo nos invita a desnudarnos y presentarnos ante él solo con el traje de nuestras heridas y pecados, vestidos con el deseo de esa vida que no encontramos en ningún sitio y a la que queremos engañar a base de tener más cosas y acumular más halagos y poderes.

Estamos reunidos alrededor de Cristo. A lo largo del año nos unen otras cosas: nuestras ideas, nuestros gustos, nuestro nivel económico... A lo largo del año cada uno anda con "los suyos". Pero eso que nos une a algunos nos separa de los otros porque nos enfrenta a ellos que parecen no ser de "los nuestros". ¿No es así en nuestro ayuntamiento y en nuestras calles y en nuestras familias...? ¿no es así en nuestra convivencia en general?

Hoy, sin embargo, nos une Cristo haciendo un sitio para todos por debajo y por encima de nuestras divisiones, porque desde su pasión toca el dolor que todos sentimos en la vida, antes o después, y que nos rompe por dentro a todos por igual. Nos une porque se une a nosotros en el desgarramiento que nos produce la humillación a la que nos someten los otros o la oscuridad del futuro o el fracaso de nuestras esperanzas o la muerte, en cualquiera de sus formas. Él se presenta con su cuerpo justo ahí donde todos somos iguales, donde todos somos pura impotencia, donde todos estamos sedientos de vida y de afecto, donde todos tocamos las puertas del infierno. Y llegado aquí nos dice: acercaos, venid a mí si estáis cansados y agobiados, bebed de la misericordia que derraman mis heridas.

Cristo muerto nos invita a todos a recogernos juntos bajo su corazón de misericordia sin fronteras: a los de derechas y a los de izquierdas, a los ricos y a los pobres, a los que tienen poder y a los que están abandonados, a los que simpáticos y a los inaguantables, a los listos y a los tontos... para vivir juntos de su amor. ¿Entendemos lo que sucede aquí entre nosotros tan distintos, enfrentados quizá, y sin embargo unidos bajo este Cristo? ¿Queremos que suceda? ¿Sentimos como se anulan las distancias porque Cristo visita nuestros sentimientos más hondos donde todos somos iguales?

No nos pone nerviosos esta reunión de Dios que ofrece Cristo. Si no aparece una cierta incomodidad es que no oímos lo que está pronunciando el cuerpo de Cristo que tenemos delante. Porque ¿quién quiere que se derrumben las barreras que nos separan con lo que esto supone en concreto para cada uno de nosotros? ¿Quién quiere de verdad un mundo de hermanos que nos cueste algo más que un pensamiento ingenuo de buena voluntad, que nos cueste dinero y tiempo y renunciaciones y dolores... como le ha costado a Cristo reunirnos a todos?

A la sombra de amor de este Cristo ¿nos miraremos como hermanos? Solo su misericordia nos reúne y nos hermana, no la nuestra que no sabemos vivir, sino la suya que es capaz de recoger a todos con su mismo dolor.

Todos, ¡todos!, podemos mirar a este Cristo y sentir que está aquí ante nosotros y allí en nuestros hogares para que podamos descansar en él y podamos decir juntos: en ti mi flaqueza se hace fuerte, en ti mi dolor encuentra consuelo, en ti mi oscuridad acierta a sentir el tacto de una compañía que alumbra esperanza, en ti mis enfrentamientos se deshacen.... Y caminar como una humanidad reconciliada.

Con su amor este Cristo alzado en la cruz nos juzga. Sin palabras de condena, pero nos juzga porque su amor hasta el extremo saca a la luz lo que da de sí nuestra vida de pecado. Ese pecado que ya nadie quiere reconocer, pero que es tan palpable en los sufrimientos de los que cargan con sus consecuencias. ¿No vemos en este cuerpo de Cristo las heridas que nos causamos unos a otros? Y si no lo vemos, ¿Qué nos ha pasado? ¿Quién ha inmunizado nuestro corazón para que solo acusemos a los demás y nos separemos del grupo de los pecadores como si nosotros ante Cristo no notáramos la diferencia entre su vida de amor y la nuestra: tan ambigua, tan rúcana, tan cerrada al dolor de los demás, tan abierta a nuestro propio beneficio, tan llena de violencia y de codicia...?

No es extraño que queramos desenclavar a Cristo y quitarlo de nuestra vista. ¿No nos hace daño sentir ante él nuestro corazón deforme? ¿No nos avergüenza su mirada de compasión?, ¿no nos dan ganas de llorar como Pedro cuando ante esta imagen nos dejamos desnudar y vemos la verdad honda de nuestro corazón?, ¿cuándo nos dejamos iluminar por el cuerpo de amor de Cristo y recordamos cómo volvemos la mirada ante el dolor y la necesidad de los que nos rodean...?

¿Para qué desenclavarlo y enterrarlo? -os pregunto- ¿No es acaso el signo de los asesinos que quieren limpiar la escena del crimen para que parezca que no ha pasado nada, que son inocentes? ¿Es un signo de compasión valiente como el de Nicodemo o es un signo de querer seguir mañana nuestras vidas como si no hubiera pasado nada, como el de los sacerdotes de Israel que necesitaban descolgar el cuerpo para celebrar su Pascua sin un cadáver que les estorbase?

Los sacerdotes de Jerusalén (a los que tanto me parezco con estas ropas y quizá no sólo por ellas) fueron a Pilato y le dijeron: quita el letrero porque este no es nuestro rey.

Y hemos de preguntarnos al quitar el letrero de la cruz si nosotros somos distintos. Hemos de preguntarnos si queremos desembarazarnos de Cristo con teatros de Semana Santa o si por el contrario lo bajamos para tatuarlo en nuestra carne y decir con nuestra vida: Tú eres mi rey, Cristo crucificado, solo tú tienes palabras de vida eterna.

Por tanto ***bajad el letrero*** y mientras preguntémonos todos en nuestro interior: *¿Cristo, eres tú mi rey y Señor?*

Al pronunciar estas palabras y reconocer la realeza santa de Cristo somos también nosotros coronados con su gloria. Aunque antes hemos de aprender, como tuvieron que hacerlo los discípulos, que si él es nuestra cabeza las espinas que en ella se clavaron tocarán también nuestro cuerpo, porque el amor, si es verdadero, sangra siempre en este mundo. ***Bajad ahora la corona de espinas*** y mientras tanto pidamos al Señor un corazón que sepa sufrir los dolores del amor con paciencia, con su esperanza puesta en la gloria prometida por Cristo coronado de espinas.

Pero, ¿no nos pide Cristo demasiado? ¿Podremos resistir a su lado siendo tan débiles, tan torpes para amar?

Soltaremos ahora los brazos de Cristo de la cruz. Ellos tiene aquel tacto que se atrevió a tocar el cuerpo leproso de la humanidad dándole nueva vitalidad, por eso podemos confiar que sabrá sanar nuestro corazón herido, si aceptamos sin miedo que nos toquen.

Por tanto atrevámonos. ***Soltad el clavo de la mano derecha***. Que descienda su brazo de donde lo tenemos atado y toque nuestras heridas con su misericordia. No nos asustemos, no viene para removerlas y añadir dolor sobre dolor, como es tan común entre nosotros. Llega como buen samaritano, desciende a nuestros infiernos para motarnos en su cabalgadura y comenzar el camino hacia la tierra sin llanto ni dolor.

Atrevámonos. ***Soltad el clavo de la mano izquierda***, y que la mano de Cristo toque nuestro pecado, el que escondemos, el que ni siquiera ya reconocemos porque nos hemos hecho insensibles, el que nos avergüenza, el que no podemos vencer, el que nos destruye mutuamente. No nos asustemos, no viene para echárnoslo en cara y así someternos a su poder, sino para curarnos con su perdón y levantarnos de nuestra miseria. Para que caminemos como hermanos suyos sabiendo que nos hace sitio en su trono de Hijo para hacernos hijos con él.

Soltemos sus pies, atrevámonos a dejarle andar, a llegar al centro de nuestra vida. ***Soltad el clavo que ata sus pies***. No huyamos cuando le veamos venir a nuestros pensamientos, ideas o decisiones. Hagámosle sitio. Besemos esos pies que quisieron caminar con justicia a nuestro lado y sigamos su camino.

Al final Cristo fue enterrado en nuestra tierra. Como la semilla de mostaza, pequeña entre las pequeñas, para abrirse amplia y fecunda y dejar sitio para que podamos anidar en él todos, como pájaros venidos emigrando del frío y del hambre de vida verdadera.

Bajad a Cristo de la cruz (-silencio-)

Mirad bien.

Enterramos a un perseguido por su justicia, y recordamos sus palabras: bienaventurados los perseguidos por ser justos porque de ellos es el Reino de los cielos.

Lo enterramos en silencio, sin que haya pronunciado una palabra de condena. Lo enterramos lleno de mansedumbre, sin haber devuelto mal por mal. Y recordamos lo que dijo: bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Lo enterramos lleno de misericordia, ofreciendo perdón y consuelo incluso en medio de su agonía. Y recordamos sus palabras: bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.

Lo enterramos con la fe desnuda de su corazón limpio, entregándose al Padre para hacer su voluntad de amor por todos. Y recordamos sus palabras: Bienaventurados los que escuchan la Palabra del Señor y la cumplen.

Mostrad su espalda. Lo enterramos pobre, sin ninguna posesión mas que sus heridas y aquellas ropas manchadas de sudor y sangre que se repartieron. Escuchemos sus palabras: bienaventurados los pobres porque de ellos es el Reino de los cielos.

Enterramos al bienaventurado, al autor de las bienaventuranzas. Enterramos la bienaventuranza misma de Dios en persona, al que quiso entregarse a la tierra para hacerla fecunda, al que se ofreció para hacer nacer en nuestro barro la carne de hijos de Dios.

Pero antes de ofrecerlo al sepulcro, ***ponedlo en brazos de su madre.*** Ella lo aceptó en su carne y en su corazón. Ella le ofreció su vida para que naciera al mundo. Ella, humilde, supo desprenderse de sí y, siendo madre, hacerse discípula y ponerse a la escucha de su Hijo.

Ella que sabe que siempre se nos termina el vino de la vida, lo recoge ahora muerto y nos invita de nuevo a la confianza y a la escucha: Haced lo que él os diga, aunque parezca que solo hay muerte. Ella llora y confía, se duele y espera. Con la espada atravesando su corazón no deja de alentar a los discípulos y de alentarnos a nosotros: Confiad, aunque parezca que solo hay muerte, haced lo que él os diga.

Postradle ya en el sepulcro. Ahora lo llevaremos en procesión recordando que quiso enterrarse en nuestras calles, en nuestras plazas, en nuestras casas, en nuestras instituciones, en nuestra propia vida para hacerlas florecer en gloria y plenitud. No lo olvidemos, porque demasiadas veces preferimos enterrarlo a las afueras de nuestra vida y olvidarnos.

Nosotros, mientras acompañamos su cuerpo muerto, podríamos oír en medio del desierto que habita el interior de nuestra ciudad, lo que predicaban los profetas a los israelitas cuando estos hacían oídos sordos a la palabra de Dios: Ojalá escuchéis hoy su voz, no endurezcáis el corazón. Haceros tierra fértil para Cristo que busca sembrarse entre vosotros.

Hoy que tantos abandonan la Iglesia y no oyen nunca su voz. Hoy que casi todo el mundo en la práctica ha dejado de confiar en la Palabra del Señor y de hacerla alimento cotidiano. Hoy que tantos de nosotros que seguimos en la Iglesia nos hemos hecho tibios en la fe y el amor, despreciables incluso por no tener sabor a Cristo. Hoy que, como siempre, el corazón tiende a endurecerse por miedo al amor y a la misericordia. Hoy os invito a que a lo largo de esta procesión sintáis el cuerpo de Cristo que desde vuestro bautismo está enterrado vivo en vuestro más profundo centro, y quiere resucitar en vosotros para alentar la vida plena.

Ya es hora de despertar del sueño y decir con convicción: El día llega con la vida de Cristo, solo en ella. A quién vamos a ir si no es a ti, Cristo vivo, crucificado por nosotros y resucitado para nuestra esperanza. Sólo tú tienes palabras de vida plena, de vida eterna. Vayamos pues y dejémonos encontrar por Cristo en el camino.